

José Franz Medrano Solares:

Génesis del Gato



Humberto Ibarra Salinas, amigo compositor boliviano y el cantante José Franz Medrano Solares

En Potosí, al cumplir 14 años, descubrí en mi primera parranda que vivía en mi otro ser, el cual se habla mantenido en estado de latencia durante mi niñez y, al mismo, que mi abuela paterna le dio el nombre de Gato al advertir mi afición por la vida nocturna (guitarroadas, lios de faldas, trifulcas y caminar en compañía de trasnochadores inconformes en pos de algún ideal esquivo). Un día cualquiera de junio de 1970, apesadumbrada por mi bohemia precoz, escuché que mi abuela le dijo a su esposo. «*José, nuestro niño, como si fuera un gato badulaque y bochinchero, sala todas las noches y vuelve al amanecer.*» Acto seguido, su cónyuge (José Medrano Ossio), con ironía no exenta de preocupación le respondió: «*Vuelve al amanecer cuando no está en celo, porque si lo está, retorna a la casa después de tres o cuatro días.*»

Gracias al sabroso diálogo de mis abuelos paternos fue bautizado mi otro yo. El seudónimo de Gato adquirió en mi vida un carácter simbólico, primero, en la intimidad de mi familia y después, en el círculo de mis relaciones artísticas, literarias y amistosas, en mi deambular por el mundo. Desde aquel tiempo lejano, el Gato, es un bohemio indócil y un músico errante que marcha al ritmo sincopado de su guitarra, en cambio José Franz Medrano Solares, es la persona que se limita, cuando lo permite su trabajo, a escribir con pluma disidente las nostalgias y

andaduras del hombre-felino.

Sin embargo, debo hacer hincapié que, el Gato, aún contando con infinitud de oportunidades y ofertas en el mundo del disco y del escenario, nunca quiso someterse a horarios ni a empresarios leoninos para cantar. Su naturaleza indómita y su filosofía de vida perennemente así se lo exigían. Desde el pretérito, sólo puede componer, cantar y trépar a las tarimas si se siente alegre y sin aladuras. Para el Gato, el canto es la sonora rebelión de sus sueños de trashumante, sintiendo el arte por el arte, desdénando la nombradía y el enriquecimiento, pese a llevar oro y argento en la garganta. Los músicos profesionales viven de la música y las tablas, en cambio el Gato nació y vive para la música y el sendero.

Por lo explicado, el Gato no es una ficción ni una fachada, es la existencia legítima y constatable de la otra parte optimista y rebelde de mí ser. Debido a ello, mis narraciones no son el resultado de vivencias de biblioteca ni de café y, menos, de apropiaciones indebidas, mis narraciones devienen de mi innata avidez de observador y, fundamentalmente, son el resultado de mis experiencias existenciales empapadas de personas, lugares, amores, sueños, dramas, ideales, sufrimientos y alegrías, las mismas que fueron y son percibidas con mayor intensidad por el otro ser que me habita: el Gato.

Antes de finalizar, quiero puntualizar ciertas diferencias sustanciales suscitadas paulatinamente en mí desde el otoño de 1970.

José Franz Medrano Solares es conservador y el Gato es un rebelde contra el sistema;

Aquel es católico y éste es ateo;

Aquel es monógamo y éste es polígamo;

Aquel es abogado y cree en la ley y, éste es un bohemio que no cree en la ley ni en los abogados;

Aquel sobrevive y trabaja y éste vive, sueña y canta.

María

«Es necesario, pues, que no se le pueda reprochar nada al obispo. Marido de una sola mujer...»

(La Biblia Latinoamericana, 1 Timoteo 3, 2)

Los obispos y presbíteros: «Han de ser hombres intachables, casados una sola vez, cuyos hijos sean creyentes...» (La Biblia Latinoamericana, Tito 1, 6)

El subrayado pertenece al autor de esta historia.

Se conoce que en el segundo milenio de la era cristiana, los Caballeros Templarios, como resultado de sus descubrimientos en las Cruzadas, rindieron culto a dos modelos femeninos aparentemente opuestos:

por un lado, veneraron a la Virgen María, ejemplo de virginidad y pureza y, arquetipo espiritual que encumbra el ideal de mujer santa y mística; y por el otro lado, honraron a María Magdalena, arquetipo sexual y símbolo de lujuria y pecado entre los seguidores de la Iglesia Católica, apostólica y romana. A modo de referencia histórica cabe puntualizar que, María de Magdala, es vindicada como el receptáculo de sorprendentes arcanos del Rabí de Galilea, en papirus como los de Naj Hammadi, los rollos del Mar Muerto, las crónicas de Sangreal y otros controvertidos manuscritos denominados apócrifos, los mismos que ponen en tela de juicio a la Biblia Canónica en éste y otros entresijos teológicos que, en el devenir de los siglos, tan sólo fueron desentrañados por unos cuantos entre diantos y en las sombras. Contemporáneamente, los documentos aludidos son colosamente custodiados por sociedades herméticas y misteriosas que, poco a poco, dejan entrar sus ocultos y aniquilados pergaminos. Hoy quiero narrar la historia de una pasión clandestina, experimentada por un par de adolescentes que ignoraron todo tipo de tabúes y convencionalismos sociales.

Aunque el amor y la pasión son patrimonio de todas las épocas y las culturas, las relaciones afectivas manifestadas en Potosí, se traducen en formas de galanteo, seducción, genitalidad y ritos tan peculiares como lo son su riqueza tangible e intangible. A continuación la historia anunciada, en la que coexisten la virtud y el pecado, junto al misticismo, la filosofía atea y la música:

Era un otoño de 1972, y la noche tenía estrechada sobre uno de los conventos de la señorial villa de Potosí. Después de que todas las religiosas hubieron rezado las últimas plegarias del día en la capilla, en su esolitaria y fría celda, como todas las noches, una joven monja se encontraba recordando y meditando en beatífica postura. Recordaba al hombre que amaba y aguardaba y, meditaba sobre el sendero a elegir de una vez por todas consistente en retomar con brío su vida monástica inspirada en la santísima Virgen María, o continuar tras la ruta tan humana de María Magdalena, la célebre pecadora.

El causante de la terrible disyuntiva en la monja, era la primera voz de los *llapas* que, tres meses antes y sin intencionalidad, obtuvo que la religiosa se prendase de él con juvenil desvarío, merced a una electrizante presentación musical de su conjunto en el tablado del entonces Cine Cervantes, actuación que fue observada y aplaudida por la impresionable profesora, casualmente también llamada María. A finales de los sesenta y a principios de los setenta del milenio anterior, los *llapas* supieron tomar en música las fantasías y las tempestades del Ande y, acicalados por sus diversos sangres trocadas en una sola esencia macerada en las venas de la patria insurgente, ayudaron a construir con distintos acentos las polifonías y la identidad del hombre nuevo de las montañas.

Los *llapas* respondían individualmente a los nombres y apellidos de Carlos Villalba, Darío Torrez,

Freddy Parodis y, el menor y la voz cantante, al seudónimo de Gato. El líano de los nombres reemplazaba a Marco Antonio Rosso en la conformación de aquel inolvidable cuarteto. El apelativo artístico de estas voces e instrumentos de la cantata provincial de *llapa*, antiguos dios andinos del rayo y la tormenta e identificado por la tradición potosina con el apóstol Santiago, denominado en el evangelio como: *Hijo del Trueno*.

Dos días después de aquella memorable presentación artística, cuando una tarde la agraciada religiosa se encaminaba a realizar sus labores de enseñanza, el azar hizo que algún enviado del destino le presentara al lídico cantor. A partir de aquel instante, ambos sintieron una poderosa atracción que, por tratarse de un atavismo humano, transgredió incontestable toda razón moral y credo. Este fue el inicio de sus encuentros secretos. Hasta que un día, en la penumbra discreta de un ingenio abandonado, él la besó largamente en los labios azucarados y ostrujó sus senos arhelantes ante la mirada ébria de su ángel de la Guarda; acto seguido, la apoyó contra uno de los murrados muros, o zando con ambas manos sus sencillos atavíos, hizo a un lado sus niveas y humedecidas bragas, para luego entretenerse con deliriosas caricias táctiles en los rebordes de su greta divina. Ardiente en la hoguera de la concupiscencia, la monja desechó con ansia la ruptura de su inocencia, un gemido que parecía un salmo escapado de su garganta al sentir que su amado, demonio encarnado en hombre-gato, la profanaba con nervuda o incandescente estaca. Y una voz llona de él, con sus bellos mustos instintivamente le robó la cintura, de ese modo, los dos fueron una sola carne, que por medio de uniformes y almidonadas cadencias, supieron alcanzar la gloria dejando para más tarde las tribulaciones y temores por el purgatorio y el infierno.

Consumado el rito orgásmico de Iniciación, quebrantando el 6to mandamiento de la ley de Dios que prescribe el no cometer actos impuros, la hermana María, todavía exquisitamente ruborizada, tomando conciencia de lo acaecido, sollozó desconsoladamente al ver irremediablemente perdida su virtud consagrada. El Gato, consternado ante su sincera aflicción, procuró consolarla diciéndole: «*Pequeña mía, deja de llorar, tu virginidad extraviada no iba a conducirte hasta un Dios que no existe.*»

Horronzada por lo que dovelaban aquellas palabras, la monja le inquirió: «*¿Por qué crees que Dios no existe?*»

El contestó: «*Porque la crueldad y las imperfecciones del mundo me confirman su inexistencia.*» Anteponiendo una exclamación, ella volvió a preguntar: «*¿Ave María Purísima! Si fuera así, ¿de dónde venimos?*»

«*Por ahora sólo existe una certeza: no sabemos de dónde venimos ni hacia dónde vamos, la ciencia lo ignora y la religión crea erróneamente saberlo*» —arguyó enlático el Gato.

«*¿Apostata! ¿Cómo puedes decir tanta blasfemia? Sin Dios no existe ninguna posibilidad de bondad, verdad ni justicia*» —protestó María.

El Gato, mirándola serenamente, replicó: «*La bondad, la verdad y la justicia no descenderán del cielo, surgirán en la tierra o sucumbirá el género humano. La idea de Dios es la proyección del ideal de perfección buscada por el ser humano, el mismo que inventa dioses a su imagen y semejanza.*»

A punto de sufrir una crisis nerviosa, la religiosa le interpeló por última vez: «*¿O sea que en tu criterio Allover hábitos resulta innecesario?*»

Intentando aliviar la tensión del momento, el Gato bromeó: «*No, puesto que a muchos religiosos les sirve para esconder sus erecciones intempestivas.*»

Sor María, ante la sorpresa y el dolor de saber incrédulo a quien tanto amaba dominada por una intransigente le lindante con el delirio, haciendo la señal de la cruz, dio por concluido el diálogo de la siguiente manera:

«*Pese a querante tanto, a partir de hoy, si no te reconcillas con Dios será inútil que me busques.*»

Dicho esto, atemorizada ante la sobrecededora grandeza del Señor, presurosa se distanció de aquel sitio en pos de su redención, buscando el perdón y el rearme espiritual mediante preces, ayunos y cilicios. El Gato dejó que ella partiera por respeto a sus sentimientos y a su libertad de culto. De esta forma, convulsa de misticismo, la monja retornó al convento para entretejer su destino con hilos de virtud y pecado. Ante el fracaso de una perfección soñada, trató de encontrar en el Crucificado, un sedante para aplacar su fervoroso y atormentado espíritu de mártir.

La inexorable flaqueza adánica del hombre por la mujer, le había impulsado al Gato a devorar feilmente algunos apetitosos trozos del alma y la carne de aquella misionera de la fe. Mas, nunca su intención fue dañarla; todo lo contrario, sólo quería amarla, como aman los mortales, con fuego en el alma y magma en el cuerpo. Emulando al Adán ancestral, también probó del fruto prohibido: pero él, una vez concluido el acto carnal, no inculpó a su compañera por lo acaecido, tampoco se arrepintió ni sintió vergüenza alguna al verse semidesnudo. El Gato estaba visceralmente convencido de que, el libre albedrío en el ejercicio de la genitalidad humana, se encuentra subordinado en sumo grado a la potencia avasalladora de las leyes de la naturaleza, percibiendo en la virginidad y el celibato a dos instituciones obscurantistas, perversas e hipócritas, causantes de innumerables traumas y frustraciones en los monjes y monjas con auténtica vocación cristiana. Le resultaba muy difícil dejar de sentir una profunda conmiseración por éstos, a los que consideraba ingenuos siervos de la fe.

Advertía en la continencia genital de los religiosos y en la prohibición de entlazarse matrimonialmente, no prescrite en ninguna parte de las Sagradas Escrituras, la supresión brutal de sus derechos sexuales y reproductivos, imposición que, en su criterio, coealmente vulneraba sus derechos fundamentales a la vida privada y a la intimidad, así como a su libertad y dignidad humanas. Ahito de insolente rebeldía, juzgaba que la libertad con censura siempre fue abstracta y restringida, estimando que el hombre precisaba edificar una libertad más objetiva y plena para conseguir la dicha en la tierra, o perecer en el intento. El Gato entendía la historia de la humanidad como la historia del desarrollo de la conciencia libertaria.

En el penúltimo párrafo de mi evocación, debo confesar que, un alardecer de esos días, al buscar mi imagen en el espejo no la ví, vi con pasmo la imagen del Gato soportando el temible drama de vivir sin la profecía de Dios. Desde entonces, cada amanecer, elevó una oración por él, rogando al Supremo Hacedor que algún día le conceda la fe necesaria para poder salvar su alma indócil.

Han pasado más de seis lustros de este suceso, comentándose en la Villa que, el 22 de noviembre de todos los años, recordando el día del músico, una mujer con hábito enciende un cirio a los pies de Santa Cecilia, y a pesar del tiempo transcurrido, con amor infinito, aun espera y desespera porque la vida apura. También dicen los que en verdad saben escuchar, que el extinto Darío Torrez, el *llapa* inculdicable, con el tam tam de su bombo ancestral, todavía revela extrañas lides de pasión desoladas y extractadas de las enigmáticas litoparaduras cordilleranas que envuelven al mítico Potosí.

José Franz Medrano Solares, Abogado, escritor y músico.